

Existe en nuestro país toda una tradición de análisis crítico de las ciencias sociales, particularmente dentro de esa enorme vena viva y latente del marxismo. No existe prácticamente ningún tema que no haya sido tratado por esta línea de conocimiento, desde múltiples puntos de vista con una gran riqueza de aportaciones muchas de ellas polémicas, ya que no existe —por fortuna— dentro de esta veta interpretativa de la realidad social, un pensamiento con identidad única ni sólida, así como tampoco se ha admitido una concepción exclusiva o “consagrada” que sea capaz de cohesionar un verdadero consenso. Encontramos, sin embargo, un enorme vacío en el tratamiento serio, profundo y honesto en el ámbito de la metodología. El libro que presentamos en esta ocasión *El sujeto de la historia* de Carlos Pereyra, trata de llenar ese espacio, lográndolo categóricamente y con gran lucidez.

Pereyra fue un hombre prolífico y versátil, filósofo conocedor de los textos marxistas, hábil para los cuestionamientos punzantes, lapidario en los argumentos, abierto a las propuestas polémicas, agudo ante las flagrantes equivocaciones. Una de sus principales virtudes fue la puntualidad de sus juicios cuyo discurso trasciende en muchos sentidos las barreras del dogmatismo, la visceralidad de los esquemas, mostrando, siempre, su enorme y nada complaciente capacidad de la duda. En este libro lo comprueba fehacientemente. En él ventila algunos de los grandes problemas del marxismo, como los siguientes: ¿Quiénes son los verdaderos sujetos de la historia? ¿qué se necesita y de dónde debemos partir para encontrarlos? ¿cómo podemos interpretar y entender científicamente la lectura de la realidad históricamente determinada a partir de los sujetos que participan en ella? ¿qué importancia tiene el sujeto dentro del proceso social? ¿cuáles son sus prácticas específicas y significativas en el contexto de ciertas circunstancias históricas, los intereses que lo permean y la manera en que esto incide y repercute dentro del movimiento de la sociedad? ¿qué papel juega la voluntad de los individuos, sus prácticas y proyectos ante las condiciones externas, objetivas?

Avanza muchas de estas posibles respuestas, cotejando a los clásicos (Marx, Engels, Lenin) con algunos contemporáneos (Althusser, Sartre, Seve, Shaff, Colleti), lo cual encuentra de manera clara y aleccionadora visiones distorsionadas y tergiver-

sadoras —por omisión, por interpretación fragmentada o francamente falsa— de muchos de los discursos contemporáneos, que más que armar de criticidad y de prácticas transformadoras al marxismo, lo diluyen y destruyen. Van apareciendo el subjetivismo (que piensa a la historia como la voluntad e intención, racional y comprensiva del “querer-hacer” del individuo, personalizando la dinámica del proceso histórico, concibiendo al sujeto meramente como una conciencia “en acto”, presentándolo como un instrumento y medio de sí mismo, sin tomar en cuenta las condiciones materiales que puedan y le permitan actuar); el objetivismo (que entiende a la historia como un sistema de leyes casi teleológicas, herméticas y fatalistas, preconcebidas, dominadas por el devenir de un futuro cuyas condiciones están regidas mecánicamente por una empiria constatable, en donde la conciencia como sujeto no puede ejercer su praxis, deshistorizando el objetivo de su propio conocimiento de la sociedad y de su práctica social). Ambas corrientes —que aparecen con diferentes enfoques, complementarios en sus aberraciones reduccionistas— impiden, inexorablemente, entender el proceso histórico como una conciencia social, colectiva, identificando los motivos y fines que se proponen y persiguen, descubriendo y dando sentido al movimiento social, el cual se encuentra orgánicamente integrado y articulado a las diferentes instancias, condiciones y jerarquías (materiales, económicas, sociales, políticas, ideológicas, culturales) constitutivas y constituyentes de la realidad social objetiva, que se despliegan a través de las relaciones sociales.

Pereyra encuentra en el concepto “relaciones sociales” un eje rector del funcionamiento de la sociedad y, al mismo tiempo, de las fuerzas sociales, las instituciones, los diferentes intereses de las clases sociales y los proyectos políticos. Las entiende como unidad dialéctica de la totalidad. O dicho en otras palabras: las relaciones sociales son las relaciones objetivo-subjetivas en su materialidad, que a través de sus prácticas significativas encuentran la razón de ser en su historicidad, como presencia consciente y como conocimiento interpretativo (medio y producto de sí mismo como ser social, como unidad sujeto-objeto) dentro de la estructura social. Así como el pensamiento forma parte de la realidad, conciencia que le da sentido y dirección a la historia, las condiciones materiales marcan el sustento para que la subjetividad se realice.

Aunque el libro está constituido por once capítulos más (que van desde temas como la libertad, la objetividad del conocimiento histórico, la hegemonía y el Estado, el papel de los partidos y su participación en la sociedad civil hasta llegar al último tema relacionado con la democracia en los países capitalistas y poscapitalistas —ahora extintos—), el meandro de su discurso sigue manteniendo dos preocupaciones reflexivas básicas: ¿cuáles son las circunstancias históricas que deben tomarse en cuenta para que participen dentro de un periodo los sujetos sociales que puedan proponer determinados objetivos históricos y desechen o cancelen otros? ¿Cuáles son los factores que hacen mover la historia de diferentes formas que, pese a ciertas circunstancias similares, las respuestas de los sujetos sociales protagonistas son muchas veces diferentes a las esperadas? Fuera de algunas frases o momentos ambiguos por lo abstractos y de uno que otro cuasiaforismo preñado de hegelianismo, el libro de Pereyra resulta sugerente.

Pereyra Carlos  
*El sujeto en la historia*  
México, Alianza Editorial, 1989

**Pedro Mendoza**